



Exterior de la gruta del doctor Rubio.

gan, con los **bofes**, de un palo levantado cerca de una cruz. Los curanderos se colocan junto, llevando en unos platitos

Emprenden igualmente los astrólogos la curación del sol y de la luna que á menudo se enferman y es conveniente que sanen. No hay fiesta en que no se derramen, en beneficio de ambos, algunas cucharadas de los remedios que contienen los jarros; pero en ocasiones se procede á ceremonias especiales para curar á los cuerpos celestes, particularmente á la luna, porque de ella reciben luz todas las estrellas. En el período en que la luna carece de luz, se la considera enferma y amarrada por el diablo, y el mundo está triste. Entonces se reúnen los curanderos para consultarse sobre la enfermedad que la aqueja y los medios de curarla. En tales casos, es necesario matar un buey y hacer tesgüino. En la matanza se tiene cuidado de no dañar el corazón, que se trata con gran ceremonia. La gente evita siempre tocarlo, y para los sacrificios lo cuel-

de barro incienso de copal; el más viejo hace con su cuchillo cuatro cruces en los cuatro puntos diametralmente opuestos del corazón, y saca de la parte superior una rebanadita de modo que se quede colgando. Toda la sangre contenida en la entraña se arroja á los cuatro puntos cardinales, en medio de muchos cantos. El médico pide en seguida una vasija nueva de barro en que coloca el corazón, lo quema poniéndole manteca ó alguna otra cosa, y, con los dedos, deshace las cenizas hasta convertirlas en fino polvo que mezcla con agua y algunas yerbas medicinales. Tanto el curandero, que permanece en medio, como los individuos que lo rodean, suplican unánimemente que les sea dado ver la luna. Cada doctor toma tres cucharadas de medicina, arrojando el resto sobre la cruz, y vela toda la noche.

Los tarahumares cristianos se consideran en el caso de curar á su iglesia cuando los muertos enterrados dentro de ella ó á su alrededor, han estado bailando ruidosamente y haciendo daño al edificio para obligar al pueblo á que les dé tesgüino. En esas circunstancias, el adivino principal encabeza la procesión provisto de un jarro de dicho licor, y su ayudante camina llevando en una mano una vasija con agua y hojas del maguey machucadas, y en la otra, algunas hojas frescas de la misma planta. Tanto el tesgüino como el agua verde se riegan liberalmente sobre les paredes y el piso de la iglesia para aplacar á los perturbados espíritus.

No cae bajo el poder de los referidos sabios la curación de la viruela, pero ensayan defensas contra el terrible enemigo poniendo espinosos cercados á través de los senderos que conducen á las casas, á cuyas puertas cuelgan también pieles de víbora, colas de zorra gris y otros poderosos amuletos á fin de que sirvan para espantar la enfermedad. Lógrase el mismo objeto con el penetrante olor que se produce quemando cuernos de vaca, de borrego y de chivo.

Los curanderos ejercen también la profesión de *sembrar* agua para producir manantiales. Practican al efecto un hoyo de una vara de profundidad; echan en él el agua que han llevado en un guaje, y medio almud de sal; cubren en seguida el agujero con tierra, y pasados tres años se forma el venero.

Á pesar de la grande estimación de que gozan, no están exentos de la inestabilidad de las condiciones humanas, y mientras más se levantan más insegura es su posición. La facultad de verlo todo, de librar del mal y curar las enfermedades les nace de la luz de su corazón que han recibido de Tata Dios. Á esto se debe que puedan ver al mismo Tata Dios, hablar con él, viajar cuando lo quieran por el espacio, pues son tan brillantes como el sol; pero todo su pretendido poder de hacer el bien puede volverse en cualquier momento hacia fines aviesos. Hay ciertamente algunos cuyos modales bondadosos y moderados y afable carácter les permiten conservar hasta el fin su buena reputación; pero pocos llegan á viejos, libres de sospecha, motivo por el cual varios inocentes han sido víctimas de crueles persecuciones. Tal es la suerte á que están expuestos por la aptitud que se les reconoce tanto para curar como para producir enfermedades.

No hay duda que la gran cantidad de estimulantes que toman en el curso de su carrera, los sumerge en una especie de excitación que, combinada con el entusiasmo con que trabajan, da poco á poco apariencia sobrenatural á esos hombres que con frecuencia están dotados de poderosa fuerza magnética. El avance de los años contribuye á darles un aspecto singular y misterioso, no sólo por la blancura de sus cabellos, las arrugas del rostro y lo poblado de las cejas, sino principalmente por su aire reservado y lo característico de su personalidad. Las mujeres que ejercen la misma profesión, pueden también volverse malas y hacerse brujas.

Muy análogamente á los casos de heregía entre los ministros cristianos, los adivinos se congregan en consejo para deliberar acerca de algún colega sospechoso, de quien pueden declarar que ha perdido la luz de su corazón y que ya no es de los suyos. Desde ese momento, la gente buena lo evita; no le dan de comer ni toleran que entre en las casas; á todos causa espanto, y mientras mejor curandero haya sido antes, más terrible brujo se le considera después, achacándole todo accidente desgraciado que ocurra en la localidad.

Hay, por lo demás, muchos perversos que pretenden disponer de fuerzas sobrenaturales para la hechicería, y que se hacen pagar por sus servicios; en una palabra, brujos profesionales. Su poder para causar un mal es tan grande como la habilidad de un buen sacerdote para curarlo. El hechicero puede raspar su nudoso bastón y cantar destrucción y muerte para una persona, ó bien alcanzar su propósito valiéndose del jículi, de piedras lisas, del cuerpo ó de la pierna de algún animal muy venerado y poderoso para producir la lluvia, como el sapo, que no matan nunca sino los malos. Es cosa terrible, en manos de un hechicero, un colibrí despojado de sus plumas, seco y relleno de pochote. Para los tarahumares ese brillante pajarillo, á menudo mencionado en sus canciones, es un numen poderoso y bueno; pero el brujo lo utiliza para sus perversas intenciones. El hechicero es temido de todos; las mujeres embarazadas, especialmente, se apartan de su camino para que no les impida dar á luz. Cuando los tarahumares ven una estrella errática, suponen que es un hechicero muerto que baja para matar á algún hombre que le haya hecho cualquier daño en la vida, y se juntan unos con otros asustados y gritando. Cuando la estrella ha pasado, quedan seguros de que alguien ha recibido la muerte y el brujo le está sacando el corazón.

Si alguien ocasiona cualquier daño á un poderoso

hechicero, entra éste después de morir en el cuerpo de un león, jaguar ú oso para espiar á su ofensor hasta que lo sorprende y mata.

Se cree también que pueden los hechiceros impedir que llueva, y con mucho gusto me vieron fotografiar á uno



Rubio examinando á un indio acusado de hechicería.

de ellos, por considerar que mi cámara, á la que atribuían gran poder de hacer llover, purificaría á aquel mal hombre. No es raro que se castigue al sospechoso de brujería para infundirle temor de cometer otros daños. Supónese también que mejoran los enfermos cuando se castiga al brujo que les ha hecho mal; y si continúan los accidentes des-

graciados, el brujo se ve expuesto á la muerte. Se ha recurrido á tan extrañas medidas aun en años muy recientes, pero raras veces.

Los recursos mágicos de un hechicero son pasmosos. Cuando con él camina por el monte un tarahumar y encuentran un oso, puede decir el hechicero: "No lo mates, porque soy yo; no le hagas ningún daño!" y si grita el buho por la noche: "¿No me oyes? Soy yo que vengo."

La muerte del brujo es terrible. Muchos perros que parecen de fuego, pero que no lo son, van y vienen ladrando: son los malos pensamientos del moribundo. El río, por su parte, hace mayor estrépito que de costumbre, como si alguien le estuviera echando y echando agua. Ruidos misteriosos y sobrenaturales se escuchan en todos los rincones de la casa, espantando á cuantos allí se encuentran, de suerte que casi nadie va á ayudarle á morir ni á despedirse de él. Los tarahumares cristianos no lo sepultan en el camposanto de la iglesia, sino en alguna remota cueva, enterrando con él todo lo que le pertenece, como su machete, su hacha y aun objetos pesados que nadie, sin ser hechicero, podría llevarse al cielo.

Como hemos visto, la educación terapéutica del curandero es extremadamente reducida. Su *materia médica* racional se limita al jículi y á algunas raíces y plantas. No obstante ello, su modo de curar las mordeduras de víbora es realmente curioso. El herido mata al reptil, le corta el hígado y la hiel, y úntase la última en la parte dañada. Puede comerse también un pedazo del hígado, pero ha de ser precisamente de la que lo haya mordido, y quedará curado en el término de tres días. Si alguien muere de la mordedura, será porque el reptil se le haya escapado. La hiel de una víbora de cascabel despide un olor nauseabundo, y pude observar que aun á mis perros les repugnaba, una vez que maté un crótalo de cuatro pies. Tal método

curativo puede considerarse de conformidad con la teoría moderna de que la bilis de muchos animales contiene fuertes antitoxinas.

Sin embargo, nada hay nuevo bajo el sol. En el Talmud se recomienda para curar la hidrofobia el dar á comer el hígado del perro que ha mordido, y puede leerse en los libros apócrifos, que Tobías sanó de su ceguera con la hiel de un pescado.

Lo más sorprendente en esta tribu que de tan escaso conocimiento quirúrgico da muestras en la actualidad, es que antiguamente practicó la trepanación, cosa que resulta evidente por dos cráneos que encontré en las circunstancias que paso á referir.

En 1894 me detuve unos quince días en un remoto lugar de la Sierra Madre, llamado Pino Gordo por los magníficos ocotes que hay allí. La profunda barranca de San Carlos separa, por el norte, dicho distrito de la parte central de la región tarahumar, y ningunos mexicanos viven dentro de sus confines. El sitio donde hallé uno de los cráneos está veinte millas al norte del mineral de Guadalupe y Calvo, y se llega á él siguiendo una senda solitaria, cruzada, acaso, por sólo una vez en el transcurso de treinta días, cuando algún rancharo de las inmediaciones de Guachochic tiene que dirigirse al mineral.

El individuo principal de la localidad, que se me había mostrado muy amigable, me enseñó una caverna sepulcral. Habíale persuadido de que era mejor sacar los huesos que hubiera para guardarlos en una buena casa, que dejarlos en donde estaban "matando á las ovejas y enfermando á la gente." "¿Para qué los necesita U.?" me preguntaba, y como al fin quedase satisfecho á este respecto, condújome un día á un arroyo selvático y fragoso, hacia cuyo arranque me apuntó con la mano. Indicándome así la situación de la cueva, me dejó en seguida. Me encaramé, como pude, por la cuesta de la estrecha garganta,

acompañado de uno de mis hombres, y al llegar arriba hallé la entrada de la gruta completamente cubierta de piedras adheridas con lodo. Contra dicho muro había además un montón de piedras apiladas.

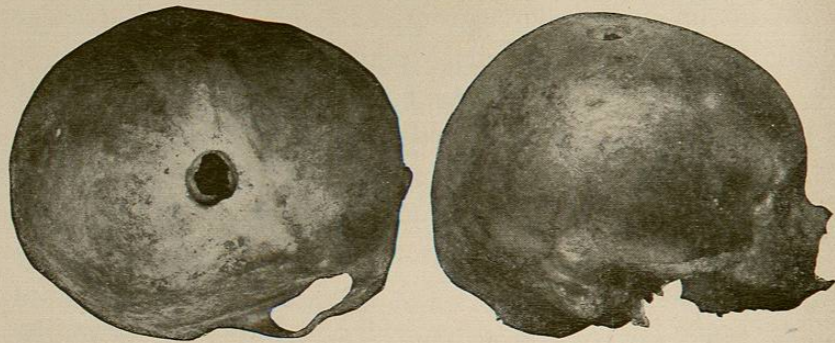
Encontré la cueva muy pequeña, y al revés de los exagerados informes de los indios, sólo contenía tres esqueletos sin enterrar, según la costumbre dominante en la mayor parte de la región de los tarahumares, tendidos simplemente de espalda, en dirección de este á oeste, como si mirasen hacia el sol poniente. Junto á ellos había algunas vasijas de barro toscamente fabricadas y del tipo común. Al recoger los tres cráneos, llamé la atención desde luego un agujero circular que vi en el parietal derecho de ellos, y como indudablemente eran de tarahumares, ocurrióseme al punto esta pregunta: "¿Es posible que esta bárbara tribu, sin particular adelanto en las artes, fuese capaz de hacer la trepanación?" Lo remoto del lugar no permite en modo alguno pensar que tal operación haya sido ejecutada por un cirujano del mundo civilizado.

Dicho cráneo, que carece de la mandíbula inferior, es de una mujer tarahumar de más de cincuenta años de edad. No es posible fijar la época á que corresponde el ejemplar, debido á las circunstancias especiales en que se ha conservado. Sin embargo, las paredes craneanas contenían todavía alguna materia animal, pues eran un poco untuosas al tacto y despedían algún olor. Una rueda provista de un contrapeso de corteza de pino, que estaba entre los huesos, es indicio de que el cuerpo no había sido depositado recientemente, pues la variedad del contrapeso, hasta donde he podido observar, no se conoce entre los tarahumares de hoy. Es posible, pues, que el esqueleto sea precolombino.

No presenta el cráneo deformidad ni fracturas, y la estrecha abertura que tiene es exactamente redonda y mide

dos centímetros de diámetro. Observándola cuidadosamente se ve que se hizo sin duda varios años antes de que sobreviniera la muerte, y la regularidad de su forma indica con toda certidumbre que es artificial.

Encontré también en una cueva de las inmediaciones de Nararachic otro cráneo, igualmente de mujer, abierto asimismo en el parietal, y casi en el mismo lugar en que tiene la trepanación el que acabo de describir. En este segundo ejemplar, la cavidad se halla casi llena de nuevo hueso, y como sus bordes son muy regulares y uniformes y se advierten distintamente emparejados, parece que la



Visto por arriba.

Visto de un lado.

Cráneo de mujer trepanado.

operación se efectuó raspando. No puede decirse lo mismo del primer ejemplar, pues la forma casi circular de la abertura y sus paredes perpendiculares prueban de un modo concluyente que quien la practicó no hizo uso del simple método de raspar el hueso. Nunca he encontrado entre los tarahumares instrumento alguno con que pudiese haberse practicado dicha operación; posible es que se haya empleado una especie de barrena de pedernal con tres dientes, análoga al instrumento usado hoy día en la trepanación por los berberíes de L'Aurés, que curan aun los dolores de cabeza con tal procedimiento. Es imposible,

por supuesto, saber si los antiguos procedían á la operación para librar al paciente de astillas de hueso, pus, sangre ó alguna otra cosa que lastimara el cerebro, ó si únicamente se hacía con la idea de extraer algún mal espíritu. Esta es la primera vez que se han descubierto en México casos de trepanación.